



Oración introductoria

Señor, que no me olvide de la bondad de tu amor que he experimentado en este periodo navideño y te proclame a todos los pueblos.

Petición

Jesús, ayúdame a saber reconocerte, como san Juan Bautista.
¡Ven Espíritu Santo!

Lectura del libro de Isaías (Is. 49, 3.5-6)

Me dijo el Señor: «Tú eres mi siervo, Israel por medio de ti me glorificaré». Y ahora dice el Señor, el que me formó desde el vientre como siervo suyo, para que le devolviese a Jacob, para que le reuniera a Israel; he sido glorificado a los ojos de Dios. Y mi Dios era mi fuerza: «Es poco que seas mi siervo para restablecer las tribus de Jacob y traer de vuelta a los supervivientes de Israel. Te hago luz de las naciones, para que mi salvación alcance hasta el confín de la tierra».

Salmo (Sal 39, 2 y 4ab. 7-8a. 8b-9. 10)

Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad.

Yo esperaba con ansia al Señor; él se inclinó y escuchó mi grito. Me puso en la boca un cántico nuevo, un himno a nuestro Dios.R.

Tú no quieres sacrificios ni ofrendas, y, en cambio, me abriste el oído; no pides holocaustos ni sacrificios expiatorios, entonces yo digo: «Aquí estoy». R.

«- Como está escrito en mi libro - para hacer tu voluntad. Dios mío, lo quiero, y llevo tu ley en las entrañas».

He proclamado tu justicia ante la gran asamblea; no he cerrado los labios, Señor, tú lo sabes.

Primera carta del apóstol

san Pablo a los Corintios (1 Cor. 1,1-3)

Pablo, llamado a ser apóstol de Jesucristo por voluntad de Dios, y Sóstenes, nuestro hermano, a la Iglesia de Dios que está en Corinto, a los santificados por Jesucristo, llamados santos con todos los que en cualquier lugar invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo, Señor de ellos y nuestro: a vosotros, gracia y paz de parte de Dios nuestro Padre, y del Señor Jesucristo.

Lectura del santo Evangelio según san Juan (Jn. 1, 29-34)

En aquel tiempo, al ver Juan a Jesús que venía hacia él, exclamó: «Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Este es aquel de quien yo dije: “Tras de mí viene un hombre que está por delante de mí, porque existía antes que yo”. Yo no lo conocía, pero he salido a bautizar con agua, para que sea manifestado a Israel». Y Juan dio testimonio diciendo: «He contemplado al Espíritu que bajaba del cielo como una paloma, y se posó sobre él. Yo no lo conocía, pero el que me envió a bautizar con agua me dijo: “Aquél sobre quien veas bajar el Espíritu y posarse sobre él, ese es el que

bautiza con Espíritu Santo”. Y yo lo he visto, y he dado testimonio de que este es el Hijo de Dios».

Releemos el evangelio

San Cirilo de Alejandría (380-444)

obispo y doctor de la Iglesia

Comentario al Evangelio de Juan, Libro 2: PG 73, 191-194

“He aquí el Cordero de Dios”

Y en verdad, un solo cordero murió por todos, preservando así toda la grey de los hombres para Dios Padre: uno por todos, para someternos todos a Dios; uno por todos, para ganarlos a todos; en fin, para que todos no vivan ya para sí, sino para el que murió y resucitó por ellos...

Estando efectivamente implicados en multitud de pecados y siendo, en consecuencia, esclavos de la muerte y de la corrupción, el Padre entregó a su Hijo en rescate por nosotros, uno por todos, porque todos subsisten en Él y Él es mejor que todos. Uno ha muerto por todos, para que todos vivamos en Él. La muerte que absorbió al Cordero degollado por nosotros, también en Él y con Él, se vio precisada a devolvernos a todos la vida. Todos nosotros estábamos en Cristo, que por nosotros y para nosotros murió y resucitó.

Abolido, en efecto, el pecado, ¿quién podía impedir que fuera asimismo abolida por Él la muerte, consecuencia del pecado? Muerta la raíz, ¿cómo puede salvarse el tallo? Muerto el pecado, ¿qué justificación le queda a la muerte? Por tanto, exultantes de legítima alegría por la muerte del Cordero de Dios, lancemos el reto: “¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está, infierno, tu aguijón?”

Como en cierto lugar cantó el salmista: A la maldad se le tapa la boca, y en adelante no podrá ya seguir acusando a los que pecan por fragilidad, porque “Dios es el que justifica. Cristo nos rescató de la maldición de la ley, haciéndose por nosotros un maldito”, para que nosotros nos veamos libres de la maldición del pecado.

Palabras del Santo Padre Francisco

«El encuentro se había producido cerca del río Jordán, donde Juan Bautista bautizaba; y aquellos jóvenes galileos habían elegido al Bautista como guía espiritual. Un día vino Jesús y se hizo bautizar en el río. Al día siguiente pasó de nuevo y entonces el Bautizador —es decir, Juan el Bautista— dijo a sus dos discípulos: “He aquí el cordero de Dios”. Y para aquellos dos es la «iluminación». Dejan a su primer maestro y siguen la secuela de Jesús.» *(Homilía de S.S. Francisco, 30 de agosto de 2017).*

Meditación

Un día vi un niño que corría con su mamá para enseñarle el regalo que un amigo suyo le había dado de cumpleaños. Me pareció muy tierno cómo el niño se percataba que la envoltura no estaba tan bien hecha, por lo que sabía que su amigo lo había envuelto personalmente.

Al abrirlo vio una carta de su mejor amigo; no la vi, podemos imaginarnos que tenía muy mala letra u ortografía, pero el niño estaba feliz, pues su amigo le escribió cuán buenos amigos eran y lo mucho que lo apreciaba. Esto lo estuvo diciendo a muchos en la comida.

San Juan Bautista no se queda para sí uno de los mejores regalos, es el primer anunciador de la buena noticia, el que prepara

el camino del Señor. Tras este periodo de Navidad, entramos en el tiempo ordinario, un tiempo en el que no vamos a ver al Espíritu Santo descender sobre alguien, pero sí hemos recibido una buena noticia que nos fue revelada en la cuna de Belén y que, como los pastores o los sabios de oriente, ha de ser anunciado a los demás. San Juan Bautista nos revela el fin del periodo de Navidad y nos invita a proclamar lo que hemos visto.

Digamos como san Juan Bautista: «Y yo lo he visto y he dado testimonio de que este es el hijo de Dios».

Oración final

¡Oh Padre!, que en el día del Señor reúnes a tu pueblo para celebrar a Aquél que es el Primero y el Último, el Viviente que ha destruido la muerte.

Danos la fuerza de tu espíritu, para que, rotos los vínculos del mal, te prestemos el libre servicio de nuestra obediencia y de nuestro amor, para reinar con Cristo en la gloria. Él es Dios, y vive y reina contigo, en la unidad del Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos. (De la Liturgia)

LUNES, 16 DE ENERO DE 2023

Estar con Cristo en las buenas y en las malas

Oración introductoria

Señor, enséñame a hacerte parte de mi vida, no solo como algo más en añadidura sino como el centro de todo lo que hago, digo y pienso.

Petición

Jesús, dame la sabiduría para saber ayunar de todo aquello que pueda disminuir mi fidelidad y la totalidad de mi entrega a la misión que me has encomendado.

Lectura de la carta a los Hebreos (Heb 5, 1-10)

Hermanos: Todo sumo sacerdote, escogido entre los hombres, está puesto para representar a los hombres en el culto a Dios: para ofrecer dones y sacrificios por los pecados. Él puede comprender a los ignorantes y extraviados, porque también él está sujeto a la debilidad. A causa de ellas, tiene que ofrecer sacrificios por sus propios pecados, como por los del pueblo. Nadie puede arrogarse este honor sino el que es llamado por Dios, como en el caso de Aarón. Tampoco Cristo se confirió a sí mismo la dignidad de sumo sacerdote, sino que la recibió de aquel que le dijo: «Tú eres mi Hijo: yo te he engendrado hoy», o, como dice otro pasaje: «Tú eres sacerdote para siempre según el rito de Melquisedec». Cristo, en los días de su vida mortal, a gritos y con lágrimas, presentó oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte, siendo escuchado por su piedad filiar. Y, aun siendo Hijo, aprendió, sufriendo, a obedecer. Y, llevado a la consumación, se convirtió, para todos los que lo obedecen, en autor de salvación eterna, proclamado por Dios sumo sacerdote, según el rito de Melquisedec.

Salmo (Sal 109, 1bcde. 2. 3. 4)

Tú eres sacerdote eterno, según el rito de Melquisedec.

Oráculo del Señor a mi Señor: «Siéntate a mi derecha, y haré de tus enemigos estrado de tus pies».

Desde Sión extenderá el Señor el poder de tu cetro: somete en la batalla a tus enemigos.

«Eres príncipe desde el día de tu nacimiento entre esplendores sagrados; yo mismo te engendré, desde el seno, antes de la aurora».

El Señor lo ha jurado y no se arrepiente: «Tú eres sacerdote eterno, según el rito de Melquisedec».

Lectura del santo Evangelio según san Marcos (Mc 2, 18-22)

En aquel tiempo, como los discípulos de Juan y los fariseos estaban ayunando, vinieron unos y le preguntaron a Jesús: «Los discípulos de Juan y los discípulos de los fariseos ayunan. ¿Por qué los tuyos no?». Jesús les contesta: «¿Es que pueden ayunar los amigos del esposo, mientras el esposo está con ellos? Mientras el esposo está con ellos, no pueden ayunar. Llegarán días en que les arrebatarán al esposo, y entonces ayunarán en aquel día. Nadie le echa un remiendo de paño sin remojar a un manto pasado; porque la pieza tira del manto, lo nuevo de lo viejo, y deja un roto peor. Tampoco se echa vino nuevo en odres viejos; porque el vino revienta los odres, y se pierden el vino y los odres; a vino nuevo, odres nuevos»

Releemos el evangelio

San Pedro Crisólogo (c. 406-450)

obispo de Ravenna, doctor de la Iglesia

Sermón sobre Marcos 2; PL 52, 287

El vino nuevo de las bodas del Hijo

"¿Por qué nosotros ayunamos, y tus discípulos no?" ¿Por qué? Porque para vosotros el ayuno es un asunto de ley. No es un don espontáneo. El ayuno en sí mismo no tiene valor; lo que cuenta es el

deseo del que ayuna. ¿Qué provecho pensáis sacar de vuestro ayuno, si ayunáis contrariados y forzados por una ley? El ayuno es un arado maravilloso para labrar el campo de la santidad. Pero los discípulos de Cristo están situados de lleno en el corazón del campo ya maduro de la santidad; comen el pan de la cosecha nueva. ¿Cómo se verían obligados a practicar ayunos que ya son caducados? "¿Pueden, acaso, ayunar los amigos del Esposo mientras el Esposo está con ellos?"

El que se casa se entrega por completo a la alegría y participa en el banquete; se muestra afable y alegre con los invitados; hace todo lo que le inspira su amor por la esposa. Cristo celebra sus bodas con la Iglesia mientras vive sobre tierra. Por eso, acepta participar en las comidas a donde se le invita, no se niega. Lleno de benevolencia y de amor, se muestra humano, asequible y amable. ¿No viene para unir al hombre con Dios y hacer de sus compañeros los miembros de la familia de Dios?

Asimismo, dice Jesús, "nadie cose una pieza de la sábana nueva en un traje viejo". Esta sábana nueva, es el tejido del Evangelio, que está tejido con el vellón del Cordero de Dios: un vestido real que la sangre de la Pasión pronto teñirá de púrpura. ¿Cómo aceptaría Cristo unir esta sábana nueva con la antigua del legalismo de Israel?... De la misma manera, "nadie pone vino nuevo en odres viejos, sino el vino nuevo se pone en odres totalmente nuevos".

Estos odres nuevos, son los cristianos. Es el ayuno de Cristo el que va a purificar estos odres de toda mancha, para que guarden intacto el sabor del vino nuevo. El cristiano se convierte así en odre nuevo preparado para recibir el vino nuevo, el vino de las bodas del Hijo, pisado en la prensa de la cruz.

Palabras del Santo Padre Francisco

«La limosna, la oración y el ayuno nos devuelven a las tres únicas realidades que no pasan. La oración nos une de nuevo con Dios; la caridad con el prójimo; el ayuno con nosotros mismos. Dios, los hermanos, mi vida: estas son las realidades que no acaban en la nada, y en las que debemos invertir. Ahí es hacia donde nos invita a mirar la Cuaresma: hacia lo Alto, con la oración, que nos libra de una vida horizontal y plana, en la que encontramos tiempo para el yo, pero olvidamos a Dios.

Y después hacia el otro, con caridad, que nos libra de la vanidad del tener, del pensar que las cosas son buenas si lo son para mí. Finalmente, nos invita a mirar dentro de nosotros mismos con el ayuno, que nos libra del apego a las cosas, de la mundanidad que anestesia el corazón. Oración, caridad, ayuno: tres inversiones para un tesoro que no se acaba.» *(SS Francisco, homilía del 6 de marzo de 2019).*

Meditación

Jesús no niega la necesidad del ayuno, como el que hacían los discípulos de Juan y los fariseos, sino que nos quiere enseñar que todas nuestras acciones deben estar motivadas por buenas razones, que la intención que tengamos en el corazón es el primer paso para hacer algo por el Señor.

El estar con Cristo implica sacrificio o dificultad, al menos explícita. En esos momentos, que de muchas formas son palpables en nuestras vidas, lo más importante es que los vivamos con Cristo, tomando conciencia de que Él nos quiere acompañar siempre, en nuestros triunfos y, sobre todo, en nuestras derrotas.

Una vida con Cristo es algo maravilloso, sin embargo, cuando nos encontramos en momentos de felicidad, éxito, placer, nos olvidamos fácilmente de recordar a Dios o invitar a Jesús a ser parte de esos momentos felices, por lo que debemos tomar conciencia del hecho que Cristo quiere ser siempre parte de nuestras vidas, así como Él mismo pone el ejemplo del novio que en su fiesta está con la gente que él más quiere.

Cuando nos encontramos inmersos en situaciones difíciles, le pedimos al Señor que nos ayude porque, con su apoyo, sabemos que se puede salir de cualquier dificultad sin importar que tan grande sea, confiando en Cristo para que Él pueda actuar en nuestra vida. Y en los buenos momentos, agradecer siempre la gracia y los innumerables dones que recibimos. Que la santísima Virgen nos acompañe también en la vida y en la muerte, siempre.

Oración final

Y nosotros hemos conocido
y hemos creído en el amor
que Dios nos tiene. (1Jn 4,16)

MARTES, 17 DE ENERO DE 2023
SAN ANTONIO, ABAD (MO)

Corre presuroso (a) a Jesús

Oración introductoria

Dame, Jesús, la gracia de abrirte mi corazón para escuchar tu voz y querer y abrazar aquello que Tú quieras para mí.

Petición

Jesús, ayúdame a ser un fiel seguidor tuyo. Que no traicione nunca mis principios como cristiano.

Lectura de la carta a los Hebreos (Heb. 6, 10-20)

Hermanos: Dios no es injusto para olvidarse de vuestro trabajo y del amor que le habéis demostrado sirviendo a los santos ahora igual que antes. Deseamos que cada uno de vosotros demuestre el mismo empeño hasta el final, para que se cumpla vuestra esperanza, y no seáis indolentes, sino imitad a los que, con fe y perseverancia, consiguen lo prometido. Cuando Dios hizo la promesa a Abrahán, no teniendo a nadie mayor por quien jurar, juró por si mismo, diciendo: «Te llenaré de bendiciones y te multiplicaré abundantemente». Abrahán, perseverando, alcanzó lo prometido. Los hombres juran por alguien que sea mayor y, con la garantía del juramento, queda zanjada toda discusión. De la misma manera, queriendo Dios demostrar a los beneficiarios de la promesa la inmutabilidad de su designio, se comprometió con juramento, para que por dos cosas inmutables, en las que es imposible que Dios mienta, cobremos ánimos y fuerza los que buscamos refugio en él, aferrándonos a la esperanza que tenemos delante. La cual es para nosotros como ancla del alma, segura y firme, que penetra más allá de la cortina, donde entró, como precursor, por nosotros, como precursor, Jesús, Sumo sacerdote para siempre según el rito de Melquisedec.

Salmo (Sal 110, 1b-2. 4-5. 9 y 10c)

El Señor recuerda siempre su alianza.

Doy gracias al Señor de todo corazón, en compañía de los rectos, en la asamblea. Grandes son las obras del Señor, dignas de estudio para los que las aman. R.

Ha hecho maravillas memorables, el Señor es piadoso y clemente. Él da alimento a los que lo temen recordando siempre su alianza. R.

Envió la redención a su pueblo, ratificó para siempre su alianza. Su nombre es sagrado y temible. La alabanza del Señor dura por siempre. R.

Lectura del santo Evangelio según san Marcos (Mc. 2, 23-28)

Sucedió que un sábado Jesús atravesaba un sembrado, y sus discípulos, mientras caminaban, iban arrancando espigas. Los fariseos le preguntan: «Mira, ¿por qué hacen en sábado lo que no está permitido?». Él les responde: «¿No habéis leído nunca lo que hizo David, cuando él y sus hombres se vieron faltos y con hambre, cómo entró en la casa de Dios, en tiempo del sumo sacerdote Abiatar, comió de los panes de la proposición, que sólo está permitido comer a los sacerdotes, y se los dio también a quienes estaban con él?». Y les decía: «El sábado se hizo para el hombre y no el hombre para el sábado; así que el Hijo del hombre es señor también del sábado»

Releemos el evangelio

Benedicto XVI

papa 2005-2013

Exhortación apostólica Sacramentum Caritatis, 74

**“El sábado se ha hecho para el hombre,
y no el hombre para el sábado**

Es particularmente urgente a nuestra época recordar que el domingo, el Día del Señor, es también día de descanso en lo que se refiere al trabajo. Deseamos vivamente que esto sea reconocido como tal por la sociedad civil, de manera que sea posible estar libre de las actividades del trabajo sin estar, por otra parte, penalizado. En efecto, los cristianos, en relación con el significado del sábado en la tradición judía, siempre han visto igualmente en el Día del Señor, el día de descanso del trabajo cotidiano.

Esto tiene un sentido preciso, constituyendo una relativización del trabajo, el cual está ordenado al hombre: el trabajo es para el hombre y no el hombre para el trabajo. Es fácil, pues, comprender la protección que de ello se desprende para el mismo hombre, que así se emancipa de una posible forma de esclavitud. Tal como he tenido ocasión de afirmar, “el trabajo es de primera importancia para la realización del hombre y para el desarrollo de la sociedad, y por eso es conveniente que sea siempre organizado y llevado a cabo dentro del pleno respeto a la dignidad humana y al servicio del bien común. Es importante, al mismo tiempo, que el hombre no se deje dominar por el trabajo, que no haga de él un ídolo, con la pretensión de encontrar en él el sentido último y definitivo de la vida”. Es en el día consagrado a Dios que el hombre comprende el sentido de su existencia así como de su trabajo.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Toda la escena y las discusiones revelan lo difícil que resulta comprender las acciones y prioridades de Jesús, capaz de poner en el centro a aquel que estaba en la periferia, especialmente cuando se piensa que el primado lo tiene “el sábado” y no el amor del Padre que busca que todos los hombres se salven; el ciego tenía que convivir no sólo con su ceguera sino también con la de aquellos que lo rodeaban. Así son las resistencias y hostilidades que surgen en el corazón humano cuando, al centro, en vez de encontrar personas se ponen intereses particulares, rótulos, teorías, abstracciones e ideologías, que lo único que logran es enceguecer todo a su paso.

En cambio, la lógica del Señor es diferente, lejos de esconderse en la inacción o la abstracción ideológica, busca a la persona con su rostro, con sus heridas e historia. Va a su encuentro y no se deja embaucar por discursos incapaces de priorizar y poner en el centro lo realmente importante.» *(Homilía de S.S. Francisco, 2 de junio de 2019).*

Meditación

Hace algunos días leí una historia de una señora que vivía en Estados Unidos quien, como regalo para su mamá, tenía que comprar tres libros. Ella sabía que lo más fácil era entrar a internet y comprarlos en línea. En cuestión de días, incluso si quisiera al día siguiente, los libros estarían en la puerta de su casa con tan solo un clic. Pero ella en cambio, decidió ir, como hacía mucho tiempo no lo hacía, a comprar los libros a una librería.

Y cuál fue su sorpresa pues de los tres no encontró los primeros dos donde deberían estar y, para colmo, una señora le decía: mejor ve a tu casa, así gastas menos, pídelos en línea y te llegarán, es mucho más fácil. Después de un largo buscar, encontró el tercer

libro y cuando estaba por pagar, vio que estaban en un estante de dos por uno, los primeros dos libros que buscó.

Luego, cuando iba a casa, se dio cuenta que, en efecto, quizás hubiera sido más fácil comprar los libros en línea, pero nada le devolvía las sonrisas que vio en aquel lugar, la amabilidad de algunas personas con las que se encontró y tantos otros detalles que le pasaron al salir a la librería.

¿Por qué les cuento esto? Porque creo que nuestros días a veces pueden irse así. Podemos preferir hacer muchas compras en línea con nuestra vida, y así pasar un día y otro día, y uno más, hasta que, cuando acordemos, hayan pasado ya varios años. Dios nos regala cada día para que lo disfrutemos, lo vivamos y seamos plenos. Lejos de compras en línea, Dios quiere que nos detengamos a ver todos los detalles con los que Él nos habla, detalles con los que Él nos ama.

Encontremos en nuestro día esos dos por uno; dejemos que Dios nos amé a través de los que están a nuestro lado, para que así, al final de la vida, podamos decir: preferí ir a la librería de la vida y disfrutar de ella, en lugar de las compras en línea; que podamos decir: verdaderamente vivimos cada día que Dios nos regala.

Oración final

Doy gracias a Yahvé de todo corazón,
en la reunión de los justos y en la comunidad.
Grandes son las obras de Yahvé,
meditadas por todos que las aman. (Sal 111,1-2)

Oración introductoria

Señor, enséñame a escucharte en mi corazón para que pueda responder a tu llamada y así comuniqué tus palabras a otros.

Petición

Señor, no permitas que sea nunca causa de tu tristeza. Ayúdame a amarte de manera concreta y real mediante la virtud de la caridad

Lectura de la carta a los Hebreos (Heb. 7, 1-3. 15-17)

Hermanos: Melquisedec, rey de Salen, sacerdote del Dios altísimo, salió al encuentro de Abrahán cuando este regresaba de derrotar a los reyes, lo bendijo, y recibió de Abrahán el diezmo del botín. Su nombre significa, en primer lugar, Rey de Justicia, y después, Rey de Salen, es decir, Rey de Paz. Sin padre, sin madre, sin genealogía; no se menciona el principio de sus días ni el fin de su vida. En virtud de esta semejanza con el Hijo de Dios, es sacerdote perpetuamente. Y esto resulta mucho más evidente si surge otro sacerdote a semejanza de Melquisedec, que no ha llegado a serlo en virtud de una legislación carnal, sino en fuerza de una vida imperecedera; pues está atestiguado: «Tú eres sacerdote para siempre, según el rito de Melquisedec».

Salmo (Sal 109, 1bcde. 2. 3. 4)

Tú eres sacerdote eterno, según el rito de Melquisedec.

Oráculo del Señor a mi Señor: «Siéntate a mi derecha, y haré de tus enemigos estrado de tus pies». R.

Desde Sión extenderá el Señor el poder de tu cetro: somete en la batalla a tus enemigos. R.

«Eres príncipe desde el día de tu nacimiento entre esplendores sagrados; yo mismo te engendré, desde el seno, antes de la aurora». R.

El Señor lo ha jurado y no se arrepiente: «Tú eres sacerdote eterno, según el rito de Melquisedec». R.

Lectura del santo Evangelio según san Marcos (Mc. 3, 1-6)

En aquel tiempo, Jesús entró otra vez en la sinagoga y había allí un hombre que tenía una mano paralizada. Lo estaban observando, para ver si lo curaba en sábado y acusarlo. Entonces le dice al hombre que tenía la mano paralizada: «Levántate y ponte ahí en medio». Y a ellos les pregunta: «¿Qué está permitido en sábado?, ¿hacer lo bueno o lo malo?, ¿salvarle la vida a un hombre o dejarlo morir?». Ellos callaban. Echando en torno una mirada de ira y dolido por la dureza de su corazón, dice al hombre: «Extiende la mano». Lo extendió y su mano quedó restablecida. En cuanto salieron, los fariseos se confabularon con los herodianos para acabar con él.

Releemos el evangelio

San Pedro Crisólogo (c. 406-450)

obispo de Ravenna, doctor de la Iglesia

Homilía sobre el misterio de la Encarnación, 148; PL 52, 596

Cristo cura la parálisis de nuestros miembros y de nuestros corazones

La encarnación de Cristo no es normal, es milagrosa; no es conforme a la razón, sino según el poder divino; eso viene del Creador, no de la naturaleza; no es común, es única; es divina, no humana. No se ha realizado por necesidad, sino por poder... Ha sido un misterio de fe, para renovar y salvar al hombre. Aquel que sin haber nacido formó al hombre del barro intacto (Gn 2,7), naciendo ha formado a un hombre a partir de un cuerpo intacto; la mano que se dignó coger arcilla para crearnos, se ha dignado también coger nuestra carne para recrearnos...

Hombre, ¿por qué te desprecias de tal manera, siendo así que eres tan precioso para Dios? ¿Por qué, cuando Dios te honra de tal manera, tú te deshonoras hasta tal punto? ¿Por qué te interesa tanto saber como has sido hecho y no buscas en vistas a qué has sido hecho? ¿Es que toda esta morada del mundo que ves no ha sido hecha para ti?...

Cristo tomó carne humana para devolver toda su integridad a la naturaleza corrompida; asume la condición de niño, acepta ser alimentado, atraviesa las sucesivas edades con el fin de restaurar la edad única, perfecta y duradera que él mismo había creado. El lleva al hombre para que el hombre no pueda ya volver a caer. Al que había creado terrestre, lo vuelve celestial; a aquel a quien había dado un espíritu humano, le da la vida de un espíritu divino.

Y es así como lo eleva todo entero hasta Dios, a fin de no dejar en él nada de lo que pertenece al pecado, a la muerte, al trabajo, al dolor, a la tierra. Esto es lo que nos trae nuestro Señor Jesucristo el cual, siendo Dios, vive y reina con el Padre, en la unidad del Espíritu Santo, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Las primeras comunidades cristianas a menudo presentaban al Señor Jesús como un “médico”, destacando la atención constante y compasiva que tenía con quienes padecían todo tipo de enfermedades. Su misión consistía, ante todo, en acercarse a los enfermos o discapacitados, especialmente a aquellos que eran despreciados y marginados por ese motivo. Jesús rompe así el juicio de condena que a menudo etiquetaba al enfermo como pecador; con esta cercanía compasiva, manifiesta el amor infinito de Dios Padre por sus hijos más necesitados. El cuidado de las personas enfermas aparece, pues, como una de las dimensiones constitutivas de la misión de Cristo; y por eso se ha mantenido así también en la de la Iglesia.» *(Homilía de S.S. Francisco, 22 de junio de 2019).*

Meditación

Se presenta delante de Jesús una persona que tiene una necesidad. Este encuentro tiene lugar en una sinagoga, un contexto religioso. Había gente en la sinagoga que, sabiendo lo que Jesús hacía, estaban al acecho de cómo actuaría en las circunstancias especiales que se le presentaban. La ley sabática, ordenada por Dios y seguida por los judíos, establecía que el sábado era un día de descanso total, ninguna actividad estaba permitida, no se recogería madera ni se encendería fuego alguno, etc. Este precepto del sábado se tenía que respetar no obrando milagros.

Jesús muestra la razón por la que hará el milagro: hacer el bien, porque nada ni nadie nos debe impedir hacer el bien. Es el amor lo que mueve a Cristo a hacer esta curación, más allá de lo que digan los demás y las dificultades que se puedan presentar; Él sabe lo que es más importante y actúa conforme a ese gran ideal.

Tengamos en cuenta que al final de nuestros días nos examinarán del amor, como dice san Juan de la Cruz, por lo que nuestra vida debe ser un vivo ejemplo de amor y caridad con Dios y nuestro prójimo.

Hoy Dios nos invita a acercarnos a Él para que pueda curarnos porque, de diferentes formas, estamos necesitados de sus cuidados. Para que podamos ser sus instrumentos y Él pueda curar a alguien a través de nosotros, necesitamos extender nuestra mano y confiar en el Señor, solo así seremos canales o medios de su gracia compartiendo su misión sanadora en el mundo

Oración final

Pero te compadeces de todos
porque todo lo puedes y no aborreces
nada de lo que hiciste;
Señor, amigo de la vida. (Sab 11,23-26)

Oración introductoria

Jesús, no soy digno(a) de que entres en mi casa; una palabra tuya bastará para sanarme.

Petición

Conquistame, Señor, y gáname la batalla de mi entrega.

Lectura de la carta a los Hebreos (Heb. 7, 25-8, 6)

Hermanos: Jesús puede salvar definitivamente a los que se acercan a Dios por medio de él, pues vive siempre para interceder a favor de ellos. Y tal convenía que fuese nuestro sumo sacerdote: santo, inocente, sin mancha, separado de los pecadores y encumbrado sobre el cielo. Él no necesita ofrecer sacrificios cada día como los sumos sacerdotes, que ofrecían primero por los propios pecados, después por los del pueblo, porque lo hizo de una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo. En efecto, la ley hace sumos sacerdotes a hombres llenos de debilidades. En cambio, la palabra del juramento, posterior a la ley, consagra al Hijo, perfecto para siempre. Esto es lo principal de todo el discurso: Tenemos un sumo sacerdote que está sentado a la derecha del trono de la Majestad en los cielos y es ministro del Santuario y de la Tienda verdadera, construida por el Señor y no por un hombre. En efecto, todo sumo sacerdote está puesto para ofrecer dones y sacrificios; de ahí la necesidad de que también Jesús tenga algo que ofrecer. Ahora bien, si estuviera en la tierra, ni siquiera sería sacerdote, habiendo otros que ofrecen los dones según la Ley. Estos sacerdotes están al servicio de un esbozo y

sombra de las cosas celestes, según el oráculo que recibió Moisés cuando iba a construir la tienda: «Mira», le dijo Dios, «te ajustarás al modelo que te fue mostrado en la montaña». Mas ahora a Cristo le ha correspondido un ministerio tanto más excelente cuanto mejor es la alianza de la que es mediador: una alianza basada en promesas mejores.

Salmo (Sal 39, 7-8a. 8b-9. 10. 17)

Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad.

Tú no quieres sacrificios ni ofrendas, y, en cambio, me abriste el oído; no pides sacrificio expiatorio, entonces yo digo: «Aquí estoy». R.

«- Como está escrito en mi libro - para hacer tu voluntad. Dios mío, lo quiero, y llevo tu ley en las entrañas». R.

He proclamado tu justicia ante la gran asamblea; no he cerrado los labios: Señor, tú lo sabes. R.

Alégrense y gocen contigo todos los que te buscan; digan siempre: «Grande es el Señor», los que desean tu salvación. R.

Lectura del santo Evangelio según san Marcos (Mc. 3, 7-12)

En aquel tiempo, Jesús se retiró con sus discípulos a la orilla del mar, y lo siguió una gran muchedumbre de Galilea. Al enterarse de las cosas que hacía, acudía mucha gente de Judea, de Jerusalén, Idumea, Transjordania y cercanías de Tiro y Sidón. Encargó a sus discípulos que le tuviesen preparada una barca, no lo fuera a estrujar el gentío. Como había curado a muchos, todos los que sufrían de algo se le echaban encima para tocarlo. Los espíritus inmundos, cuando lo

veían, se postraban ante él y gritaban: «Tú eres el Hijo de Dios». Pero él les prohibía severamente que lo diesen a conocer.

Releemos el evangelio

San Juan XXIII (1881-1963)

papa

Diario del alma, 29/11/1940

“Lo seguían multitudes venidas de Galilea, Decápolis, Jerusalén, Judea, y Transjordania”

“Señor, ábreme los labios y mi boca proclamará tu alabanza.”
(Sal 50,17) Cuando uno advierte que estas palabras son proclamadas cada día a la hora de la alabanza matutina en nombre de la Iglesia que ora por ella misma y por el mundo entero, por miles y cientos de miles de bocas implorando esta gracia, nuestra visión se ensancha y se completa. Es la Iglesia que se anuncia, no como un monumento histórico del pasado, sino como una institución viva. La Santa Iglesia no es como un palacio que se construye en un año. Es una ciudad grande que contiene el universo entero. “La montaña de Sión está fundada sobre la alegría de toda la tierra; la ciudad del gran Rey se extiende hacia el Norte.” (Sal 47,3 Vulgata)

La fundación de la Iglesia se comenzó hace veinte siglos y sigue realizándose. Se extiende a toda la tierra hasta que el nombre de Cristo sea adorado en todas partes. A medida que prosigue su construcción, los nuevos pueblos a quienes es anunciado el nombre de Cristo exultan de gozo: “Los pueblos se alegran por el gozoso anuncio.” (cf Hch 13,48) Es bello pensar en esto, edificante para todo presbítero que recita su breviario: cada uno tiene que comprometerse a fondo en la construcción de esta Iglesia santa.

El que se dedica a la predicación, en calidad de mensajero del evangelio, diga al Señor: “Señor, ábreme los labios y mi boca proclamará tu alabanza.” (Sal 50,17) El que no es misionero, que desee ardientemente cooperar en la gran tarea de la misión. Y cuando salmodia en privado, solo en su celda, que diga también: “Señor, ábreme los labios.” Porque, por la comunión en la caridad debe considerar como suya toda lengua que anuncia el evangelio en aquel momento, siendo el evangelio la suprema alabanza divina.

Palabras del Santo Padre Francisco

«La cura de Jesús coincide con el levantar a la persona y enviar a aquel o a aquella a quien se ha acercado y curado. Son tantos los enfermos que, después de haber sido curados por Cristo, se convierten en sus discípulos y seguidores. Jesús se acerca, pues, se preocupa, sana, reconcilia, llama y envía: cómo podemos ver, la relación con las personas oprimidas por la enfermedad y el dolor es para él una relación rica y personal, no mecánica, no a distancia.» *(Homilía de S.S. Francisco, 22 de junio de 2019).*

Meditación

Permíteme acercarme a Ti para mostrarte mis enfermedades y preocupaciones o simplemente para estar junto a Ti. Muchos comenzaron a seguirte por curiosidad, conveniencia o verdadera necesidad. Otras personas querían ver con sus propios ojos tus curaciones. Todos te buscan por diferentes motivos: amor, decepción, enfermedad, etc... ¿Y yo? ¿Qué me mueve a seguirte, qué hay en Ti que me pueda interesar? ¿Qué gano con ser cristiano? Para nosotros no es suficiente una cura, deseamos más.

Sanamente envidio a quienes has curado, porque no solamente los curas de una simple enfermedad, sino que da envidia ver su paz,

la alegría con la que viven; Tú curas la parálisis del corazón, me regresas la alegría de vivir y de disfrutar cuanto tengo y cuanto soy.

Padezco de dureza de corazón, esta misma dureza me ciega. El corazón me pesa impidiendo que vea todo lo bueno que me has dado, todo cuanto haces por mí cada día. De verdad Tú hiciste todas las cosas buenas, las hiciste para mí. Limpia mis ojos para ver el amor que me tienes, para darme cuenta del amor que me rodea. Tú hiciste buenas todas las cosas, amas todo lo que has creado; si odias algo de lo que has creado, no existiría.

Señor, cura mis enfermedades, sobre todo la del pesimismo; dame tu espíritu para ver como Tú, para hablar como Tú, para amar y perdonar como Tú.

Oración final

¡En ti gocen y se alegran todos los que te buscan!

¡Digan sin cesar: «Grande es Yahvé»

los que ansían tu victoria! (Sal 40,17)

VIERNES, 20 DE ENERO DE 2023

¡Me llamas por mi nombre!

Oración introductoria

Señor Jesús, aquí estoy delante de Ti. Hoy pasas por mi vida. Quiero reavivar en mí tu llamado.

Dame la gracia de poder seguirte con generosidad. Dame la gracia de ser un apóstol ferviente de tu Reino para poder llevar, a los que hoy me encuentre, tu Evangelio por medio de mi vida entregada a Ti.

Petición

Ayúdame, Señor, a ser fiel a mi vida de gracia, a desarrollarla para dar frutos de vida cristiana y a defenderla como el tesoro máspreciado

Lectura de la carta a los Hebreos (Heb. 8, 6-13)

Hermanos: Ahora a nuestro sumo Sacerdote, Cristo, le ha correspondido un ministerio tanto más excelente cuanto mejor es la alianza de la que es mediador: una alianza basada en promesas mejores. Si la primera hubiera sido perfecta, no habría lugar para una segunda. Pero les reprocha: «Mirad que llegan días - oráculo del Señor -, en que haré con la casa de Israel y con la casa de Judá una alianza nueva; no como la alianza que hice con sus padres, cuando los tomé de la mano para sacarlos de Egipto. Ellos fueron infieles a mi alianza, y yo me desentendí de ellos - oráculo del Señor -. Así será la alianza que haré con la casa de Israel después de aquellos días - oráculo del Señor -: pondré mis leyes en su mente y las escribiré en sus corazones; yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. Y no tendrá que enseñar uno a su prójimo, el otro a su hermano, diciendo: “Conoce al Señor”, porque todos me conocerán, del menor al mayor, pues perdonaré sus delitos y no me acordaré ya de sus pecados». Al decir alianza “nueva”, declaro antigua la anterior; y lo que envejece y queda anticuado, está para desaparecer».

Salmo (Sal 84, 8 y 10. 11-12. 13-14)

La misericordia y la fidelidad se encuentran.

Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación. La salvación está cerca de los que lo temen, y la gloria habitará en nuestra tierra.
R.

La misericordia y la fidelidad se encuentran, la justicia y la paz se besan; la fidelidad brota de la tierra, y la justicia mira desde el cielo.
R.

El Señor nos dará la lluvia, y nuestra tierra dará su fruto. La justicia marchará ante él, y sus pasos señalarán el camino. R.

Lectura del santo Evangelio según san Marcos (Mc. 3, 13-19)

En aquel tiempo, Jesús subió al monte, llamó a los que él quiso y se fueron con él. E instituyó doce para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar, y que tuvieran autoridad para expulsar a los demonios: Simón, a quien puso el nombre de Pedro, Santiago el de Zebedeo y Juan, el hermano de Santiago, a quienes dio el sobrenombre de Boanerges, es decir, los hijos del trueno, Andrés, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, Santiago el de Alfeo, Tadeo, Simón el de Caná y Judas Iscariote, el que lo entregó.

Releemos el evangelio

Santa Teresa del Niño Jesús (1873-1897)

carmelita descalza, doctora de la Iglesia

Manuscrito A, 2 r^o -v^o

El misterio de la vocación

No voy a hacer otra cosa sino: comenzar a cantar lo que he de repetir eternamente -¡¡¡las misericordias del Señor!!! (cf Sal 88,1) ... Abriendo el Santo Evangelio, mis ojos han topado con estas palabras: “habiendo subido Jesús a un monte, llamó a sí a los que quiso; y ellos acudieron a él” (Mc 3,13). He aquí, en verdad, el misterio de mi vocación, de toda mi vida, y el misterio, sobre todo, de los privilegios que Jesús ha dispensado a mi alma... El no llama a los que son dignos, sino a los que le place, o como dice san Pablo: “Dios tiene compasión de quien quiere y usa de misericordia con quien quiere ser misericordioso. No es, pues, obra ni del que quiere ni del que corre, sino de Dios, que usa de misericordia” (Rm 9,15-16).

Durante mucho tiempo estuve preguntándome a mí misma por qué Dios tenía preferencias, por qué no todas las almas recibían las gracias con igual medida. Me maravillaba al verle prodigar favores extraordinarios a santos que le habían ofendido, como san Pablo, san Agustín, y a los que él forzaba, por decirlo así, a recibir sus gracias; o bien, al leer la vida de los santos a los que nuestro Señor se complació en acariciar desde la cuna hasta el sepulcro, apartando de su camino todo lo que pudiera serles obstáculo para elevarse a él... Jesús se dignó instruirme acerca de este misterio.

Puso ante mis ojos el libro de la naturaleza, y comprendí que todas las flores creadas por él son bellas, que el brillo de la rosa y la blancura de la azucena no le quitan a la diminuta violeta su aroma ni a la margarita su encantadora sencillez... Jesús ha querido crear

santos grandes, que pueden compararse a las azucenas y a las rosas; pero ha creado también otros más pequeños, y éstos han de contentarse con ser margaritas o violetas, destinadas a recrearle los ojos a Dios cuando mira al suelo. La perfección consiste en hacer su voluntad, en ser lo que él quiere que seamos.

Palabras del Santo Padre Francisco

«También hoy el mundo necesita ver en los discípulos del Señor, profetas, es decir, personas valientes y perseverantes en responder a la vocación cristiana. Gente que sigue el “empuje” del Espíritu Santo, que los envía a anunciar esperanza y salvación a los pobres y excluidos; personas que siguen la lógica de la fe y no de la milagrería; personas dedicadas al servicio de todos, sin privilegios ni exclusiones. En resumen: las personas que están abiertas a aceptar en sí mismas la voluntad del Padre y se comprometen a testimoniarla fielmente a los demás. Recemos a María Santísima, para que podamos crecer y caminar con el mismo celo apostólico por el Reino de Dios que animó la misión de Jesús.» *(Homilía de S.S. Francisco, 3 de febrero de 2019).*

Meditación

Hoy Cristo llama a sus apóstoles por su nombre para que lleven el Evangelio. Las veces en que más me renuevo en el amor por mi vocación es cuando recuerdo que Cristo me llama por mi nombre. Podemos recordar que, en un momento específico de la vida, Jesús nos llamó, pero este llamado sigue hoy en el momento presente.

Este llamado se hace vivo porque Cristo nos sigue llamando hoy por nuestro propio nombre. Él sabe que, al pronunciar nuestro nombre, está llamando a su apóstol, con sus virtudes, cualidades, personalidad e incluso con defectos. Sabiendo todo esto, Cristo sigue

pronunciando nuestro nombre, día a día, porque su misericordia es eterna; y del mismo modo conoce cuántas almas se pueden acercar a Él por medio de nuestra entrega.

Quizá nosotros no sabemos cuánto estamos haciendo por el Rey, pero estamos seguros de que su Reino se está extendiendo porque ha empezado a surgir en nuestro corazón de apóstoles.

Oración final

¡Muéstranos tu amor, Yahvé,
danos tu salvación!
Su salvación se acerca a sus adeptos,
y la Gloria morará en nuestra tierra. (Sal 85,8.10)

SÁBADO, 21 DE ENERO DE 2023
SAN INÉS, VIRGEN Y MÁRTIR (MO)

Jesús predicaba, sus familiares murmuraban, y su madre en silencio

Oración introductoria

Jesús, una vez más me encuentro en tu presencia. Te doy las gracias de todo corazón por este momento de intimidad.

Gracias por ser quién eres. Creo en Ti, pero ayúdame a creer con firmeza que tu amor puede superar todos mis límites y que tu misericordia es más grande que toda mi miseria.

Aumenta mi confianza. Dame la gracia de saber con el corazón que en tus brazos siempre encontraré el cariño y el refugio que tanto necesito.

Te amo, pero Tú sabes que mi amor es pequeño, frágil y débil. Enciende en mí el fuego de tu amor. Haz que tu Sagrado Corazón incendie el mío y me convierta así en llama que extienda entre los hombres el reino de tu amor.

Petición

Señor, Tú sabes que te amo, pero acrecienta mi amor.

Lectura de la carta a los Hebreos (Heb. 9, 2-3. 11-14)

Hermanos: Se instaló una primera tienda, llamada «el Santo», donde estaban el candelabro y la mesa de los panes presentados. Detrás de la segunda cortina estaba la tienda llamada de «Santo de los Santos». En cambio, Cristo ha venido como sumo sacerdote de los bienes definitivos. Su «tienda» es más grande y más perfecta: no hecha por monos del hombre, es decir no de este mundo creado. No lleva sangre de machos cabríos, ni de becerros, sino la suya propia; y así ha entrado en el santuario una vez para siempre, consiguiendo la liberación eterna. Si la sangre de machos cabríos y de toros y la ceniza de una becerra, santifican con su aspersion a los profanos, devolviéndoles la pureza externa ¡cuánto más la sangre de Cristo, que, en virtud del Espíritu eterno, se ha ofrecido a Dios como sacrificio sin mancha, podrá purificar nuestra conciencia de las obras muertas, llevándonos al culto del Dios vivo!

Salmo (Sal 46, 2-3. 6-7. 8-9)

Dios asciende entre aclamaciones; el Señor, al son de trompetas.

Pueblos todos, batid palmas, aclamad a Dios con gritos de júbilo; porque el Señor es sublime y terrible, emperador de toda la tierra. R.

Dios asciende entre aclamaciones; el Señor, al son de trompetas: tocad para Dios, tocad, tocad para nuestro Rey, tocad. R.

Porque Dios es el rey del mundo: tocad con maestría. Dios reina sobre las naciones, Dios se sienta en su trono sagrado. R.

Lectura del santo Evangelio según san Marcos (Mc. 3, 20-21)

En aquel tiempo, Jesús llegó a casa con sus discípulos y de nuevo se juntó tanta gente que no los dejaban ni comer. Al enterarse su familia, vinieron a llevárselo, porque se decía que estaba fuera de sí.

Releemos el evangelio

Santo Tomás de Aquino (1225-1274)

dominico, teólogo, doctor de la Iglesia

Opúsculo para la fiesta del Cuerpo de Cristo

Jesús se dio totalmente: se dio él mismo como comida

El Hijo único de Dios, queriendo hacernos participar de su divinidad, tomó nuestra naturaleza con el fin de divinizar a los hombres, y se hizo hombre. Además, lo que tomó de nosotros nos lo ha dado enteramente para nuestra salvación. En efecto, sobre el altar de la cruz ofreció su cuerpo en sacrificio a Dios Padre con el fin

de reconciliarnos con él, y derramó su sangre para que fuera al mismo tiempo nuestro rescate y nuestro bautismo: rescatados de una lamentable esclavitud, quedaríamos purificados de todos nuestros pecados.

Y para que conserváramos siempre en la memoria un tan gran beneficio, dejó a sus fieles su cuerpo como comida y su sangre como bebida, bajo las apariencias de pan y de vino... ¿Puede haber algo de mayor precio que ese banquete en el que no se nos propone, como en la Ley antigua, comer la carne de terneros y machos cabríos, sino el mismo Cristo que es Dios verdaderamente? ¿Hay algo más admirable que este sacramento?... Nadie es capaz de expresar las delicias de este sacramento puesto que en él se gusta la dulzura espiritual en su misma fuente; y en él se celebra la memoria de este amor insuperable que Cristo nos mostró En su Pasión.

Quiso que la inmensidad de este amor quedara grabado más profundamente en el corazón de los fieles. Por eso en la última Cena, después de haber celebrado la Pascua con sus discípulos, sabiendo que iba a pasar de este mundo a su Padre, instituyó este sacramento como memorial perpetuo de su Pasión, cumplimiento de las antiguas prefiguraciones, el mayor de todos los milagros; y a los que su ausencia iba a llenar de tristeza, les dejó este sacramento como incomparable consuelo.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Cuando, en lugar de esforzarse en crecer, se pone a destruir a los que están creciendo, y cuando en lugar de seguir los buenos ejemplos, los juzga y les quita su valor. La envidia es un cáncer que destruye en poco tiempo cualquier organismo: “Un reino dividido internamente no puede subsistir; una familia dividida no puede subsistir”.

De hecho -no lo olvidéis-, “por envidia del diablo entró la muerte en el mundo”. Y la murmuración es el instrumento y el arma.» (*Discurso de S.S. Francisco, 29 de abril de 2017*).

Meditación

María, hoy el Evangelio me presenta a un Jesús tan entregado a los demás que no tiene ninguna reserva de tiempo para sí y a tus familiares (si eran los de Él, también eran los tuyos) que lo tildan de loco y quieren forzarlo a regresar a tu casa.

¡Qué sufrimiento te habrá causado aquella escena! Me imagino los comentarios que te circundaban, los dedos de las mujeres que te señalaban cuando te veían pasar, los cotilleos y críticas de los que te llamaban «la madre de ese loco» y los comentarios hirientes de quienes te hostigaban y casi te recriminaban que no fueras a detener las «locuras» de tu hijo.

Y tú, callabas. ¡Qué gran ejemplo me das! Callabas. Sí. Pero no como quien es incapaz de defenderse, como quien se inhibe ante los comentarios, ni mucho menos, como una mera espectadora que se mantiene indiferente.

No. Tu silencio es diferente. Es el silencio de quien ama, de quien confía en el amado y tiene la certeza de lo que hace es lo mejor. Es el silencio de quien ama a quien lo ofende, de quien sabe perdonar sin rencores y pone la otra mejilla. Es el silencio de quien escucha a Dios y calla con su boca, para que su vida sea encarnar la voz de Dios cumpliendo su voluntad.

Tu silencio es el de la Madre que ama a su Hijo. Por supuesto te encantaría tener a Jesús a tu lado... ipero no a cualquier precio! El tuyo, es un silencio del amor que da libertad y espacio al amado, permitiendo que los demás gocen de la alegría de escucharlo.

María, ¡ayúdame a vivir el silencio como tú!

Oración final

¡Pueblos todos, tocad palmas,
aclamad a Dios con gritos de alegría!
Porque Yahvé, el Altísimo, es terrible,
el Gran Rey de toda la tierra. (Sal 47,2-3)